

*Lecciones sobre el sistema
de la filosofía
y
Cartas inéditas*

Pandorado Ensayo

Julián Sanz del Río

*Lecciones sobre el sistema
de la filosofía
y
Cartas inéditas*

PANDORADO

PANDORADO

Título original: *Lecciones sobre el sistema de la filosofía*

Madrid: [s.n.], Tip. de P. Conesai, 1868

Cartas inéditas

Madrid: [s.n.], Imp. de la Biblioteca de Instrucción y Recreo

Julián Sanz del Río

Primera edición: julio de 2023

© de esta edición: PANDORADO

© de la cubierta y maquetación: Roberto Cuña

info@pandorado.es

www.pandorado.es

Coordinación editorial: Feliciano Novoa

Corrección: Javier Martínez López

Diseño gráfico y composición: Roberto Cuña

Imagen de cubierta: William Page, *El Coronel William Leete Stone* (1839, detalle)

Cortesía de The Cleveland Museum Of Art

Utilizada bajo licencia creative commons 

ISBN: 978-84-18653-19-3

Depósito legal: VA 417-2023

Impresión: Calprint Digital

www.calprintdigital.com

Impreso en España - Printed in Spain

El editor autoriza la reproducción de este libro,
total o parcialmente, por cualquier medio,
siempre y cuando se destine a su uso personal y no comercial.

Este libro está impreso en un papel ahuesado
y calificado como ecológico.

ÍNDICE

Prólogo a la colección	11
LECCIONES SOBRE EL SISTEMA DE LA FILOSOFÍA	
LECCIÓN PRIMERA	
PRELIMINAR GENERAL	19
LECCIÓN II	
CONSIDERACIÓN DEL SENTIDO MORAL Y SUS LEYES PARA EL SENTIDO CIENTÍFICO	29
CARTAS INÉDITAS	
CARTA PRIMERA	65
CARTA II	83
CARTA III	121
CARTA IV	125
CARTA V	131
CARTA VI	135
CARTA VII	141
NOTA SOBRE HEGEL —CITADA EN LA CARTA SEXTA—	147
Biografía Julián Sanz del Río	155

PRÓLOGO A LA COLECCIÓN

Esta colección de biografías y ensayos perdidos nace con vocación de recuperar y volver a reivindicar algunos de los textos menos leídos de importantes autores nacidos en el siglo XIX. Se trata de ofrecer, por la vía de la narrativa y el ensayo principalmente, una visión de carácter plural del pensamiento y la literatura a través del relato biográfico.

La colección, de carácter amplio en su sentido más biográfico, no solo cuenta con autores españoles, sino también con algunos de fuera que tuvieron una notable influencia en la escritura, imaginarios y anhelos de la época como Rubén Darío o Giuseppe Garibaldi.

La decisión de editar de nuevo estos libros no puede sino corresponder a la voluntad por parte del equipo de Pandorado de poder leer los textos escritos en primera persona de algunos de los protagonistas literarios nacidos en el siglo XIX. En cada uno de los volúmenes encontramos reflexiones, preocupaciones, análisis, ideas y pensamientos que formaron parte de las grandes figuras de su época. De entrada, la decisión de recuperación de estas obras tiene que ver, y se encuentra en relación con la colección ante-

rior, «Escritoras inolvidables del siglo XIX», incorporando la obra biográfica y de reflexión, entendiendo la importancia de cuestiones como la educación, el papel de la cultura y la prensa escrita, la posición de España en el mundo, las influencias filosóficas —tanto patrias como extranjeras—, la crítica literaria, viajes y vivencias, así como el nacimiento del movimiento obrero.

Algunos textos de la colección se prepublicaron total o parcialmente en periódicos y revistas, sufrieron reescrituras o refundiciones en sucesivas ediciones librescas. En Pandorado hemos querido que estos textos se lean con una enorme fidelidad a las antiguas ediciones, pero en ediciones revisadas y corregidas con esmero y dedicación.

Por otra parte, sobre la variedad de títulos y declaración de intenciones, si prestamos atención a los límites genéricos entre memorias, recuerdos y autobiografías, etc., cuyos contornos se desdibujan y el foco de atención puede resultar impreciso, hay que aclarar que las memorias han sido caracterizadas por insertar sucesos en series temporales que tienden a fortalecer la conciencia de identidad imprescindible para indagar el sentido de la vida personal en sus conexiones históricas, ideológicas o estéticas.

Tradicionalmente se ha supuesto mayor voluntad y hondura estética en el autobiógrafo, y mayor superficialidad y agilidad periodística en quienes presentan sus textos como memorias, donde la concentración autobiográfica se extiende hacia el mundo exterior al ámbito vital del sujeto; se puede decir que en esta forma literaria los contextos mantienen un equilibrio, o incluso adquieren mayor

relevancia que las vicisitudes individuales del relator, alternando referentes públicos y privados. En cambio, la autobiografía como género se sustenta en un discurso egocéntrico —monólogo autobiográfico— que admite mayores dosis de subjetividad e intimismo y por ello más proclive a la transfiguración expresiva. No atañe a este tipo de testimonios personales la especulación sobre lo no vivido, la memoria autobiográfica se reduce a los límites de la experiencia consciente.

Si algo queda claro a primera vista en la dispersión literaria de estos autores y obras seleccionadas es que no venían a competir con la ciencia histórica ni a sustituirla, sino a coleccionar y archivar hechos presenciados, captados a modo de instantáneas fotográficas para «resucitar impresiones» y establecer contrastes entre lo viejo y lo nuevo.

A esto hay que añadir que la mayoría de ellos participaron de forma sucesiva y simultánea en universos sociales variados y en posiciones diferentes dentro de ellos. Esto implica que sus tomas de posición literaria estuvieron influidas por factores diversos procedentes de su situación concreta no solo dentro del campo literario, sino también en relación con otros ámbitos y condicionamientos sociales: el campo político, el religioso, el género, etc. Atender a la confluencia de este conjunto de circunstancias, en ocasiones encontradas, permite explicar cambios discursivos aparentemente contradictorios.

La producción literaria de los autores se inscribió en un contexto histórico en el cual se estaban produciendo rupturas y continuidades en la propia definición del Estado

liberal —por lo menos hasta la década de los años 40 del siglo XIX—; la crisis del Antiguo Régimen, la legitimidad de Cádiz, las guerras carlistas, dieron paso a tensiones políticas entre monarquía y república bajo los distintos gobiernos, sucediéndose transformaciones de las propias instituciones políticas, la creación del mercado nacional, la organización de la clase trabajadora con la llegada de los postulados socialistas, siendo la época de la Restauración, tras el fracaso republicano y la pérdida de las últimas colonias tras guerra contra los Estados Unidos la que marcó el final de siglo y el comienzo del siglo XX.

En definitiva, esta colección nace de la voluntad de recuperar textos que han sido, seguramente, menos leídos que las obras más conocidas de autores considerados en su mayoría como clásicos del siglo XIX; pero con el reto y la decisión de entender la literatura en castellano desde la diversidad, con nuestro mejor deseo y placer por la lectura.

Javier Martínez López

LECCIONES SOBRE
EL SISTEMA
DE LA FILOSOFÍA

LECCIÓN PRIMERA

PRELIMINAR GENERAL

Comenzamos hoy nuestro propósito: el de considerar en la historia los sistemas filosóficos, bajo el aspecto y juicio crítico principalmente; preparándonos para ello, como para todo fin de razón en la vida, considerando en las relaciones comunes históricas todo lo que pueda animar y sostener en nosotros el buen fin presente, en la idea de todo el objeto y lo a él conforme, y en las condiciones y disposiciones necesarias para cumplirlo.

Desde luego, no entramos en esta, como en general en cualquiera obra mayor y durable de vida sobre las del uso diario, sin cierto interior respecto y ansiedad crítica en el primer pensamiento y propósito; considerando que pueden en tan largo asunto faltar desde el principio o adelante las fuerzas y disposiciones proporcionadas al fin; o pueden, en la variedad múltiple y renovada de las relaciones históricas, interponerse estados y tiempos o fines contrarios al principal presente, y a la consecuencia sistemática, con que al modo del tiempo también y como en una y continua acción,

debemos seguirlo y cumplirlo, como fin bueno entre todos, y, a su modo (el de la ciencia y ciencia primera o filosofía) *sobre* todos igualmente.

Por tanto, necesitamos considerar aquí y para adelante en el medio y relaciones generales de la vida, todo lo que en ellas concierne con nuestro fin ahora principal, y que nos haga este fin estimable y grato sobre todos, como parte de nuestro destino individual, y parte también del común humano en este modo y esfera; para sujetarnos de buen ánimo, con tal previa atención, a las condiciones y disposiciones de nuestra parte, mediante las que el buen propósito, ahora solo en general bella idea, sea en su día obra efectiva también, y realmente buena, mediante la ciencia y la recta indagación en ella.

Así, consideramos primero, y en general todo nuestro objeto en el modo y fin dicho de formarnos un sentido activo para la verdad científica, como parte principal de nuestra vida en la razón, o para el cultivo sistemático del pensamiento en el conocimiento, el *verdadero*, el de la verdad, que es sin duda todo y el primer fin que nos trae y reúne aquí en unánime intención —como para siempre— sin idea de lo contrario, o de diferente modo de pensar y conocer todavía. Y, aunque no dice este fin todo nuestro ser y vida en todas propiedades y relaciones; pero como parte principal —y a su modo total— de nuestro ser, está de cultivar el espíritu científico en nosotros, bien podemos mirarlo, como que toca a todas nuestras relaciones, *por el conocimiento*; y como en el que y en su unidad no estimamos todo determinado conocimiento y vida —vida clara y ordenada—, por solo el particular contenido o relación que

encierra, ni menos por el útil resultado, sino ante todo y primero, por vivir en ello en conocimiento y ley de conocimiento o en ciencia y razón, con unidad sistemática en todas relaciones; que es vivir aquí a semejanza de Dios por este modo, y en nuestros límites.

Es además, según esto, el asunto de la ciencia y la filosofía —tanto y primero en la indagación crítica ascendente, como luego en la determinación sistemática—, parte del propio destino y el común con todos del *actor* mismo; no al modo y medida del sujeto o de uno con tantos presentes, o infinitos tantos antes o después; sino sobre esto, parte activa de nuestro total destino igualmente, sobre tiempos y distancias de sujetos o esferas particulares, presentes o ausentes que podamos representarnos bajo uno y el común concepto en nuestro género; siendo todos llamados en el común espíritu y actividad al mismo común ejercicio de ella por los mismos medios y leyes de indagación, en el fundamento, el plan y dirección del conocimiento humano. Cuyas leyes, no siendo accesibles a la primera atención, ni por solo la general idea, sino mediante la total y aplicada actividad del espíritu en la conciencia, piden un *oficio* humano todo atento a esta obra superior, y a hacerla clara y aplicable para los demás en el pensamiento y la vida. En lo cual lleva consigo la actividad científica todo el valor del actor en ella. Pues las obras y fines que seguimos al día, o tiempo tras tiempo, valen para el actor o en relación dentro de aquel tiempo y límite no más, sino en cuanto conforman a un fin superior por este medio gradualmente. Pero el fin del conocimiento sistemático, y nuestra actividad aplicada a ello, vale y se estima siempre sobre tiempo y temporales límites, como la obra de la naturaleza racional en la funda-

mental y a su semejanza sobre la del solo temporal actor o sujeto. Y este fin del género y su idea en el individuo, con sentido del bien común, que en la vida de relación no todos pueden cumplir —aunque en la general idea es presente a todos—, es el nuestro aquí o al que somos llamados; res-
tando solo entenderlo bien y cumplirlo.

Bajo esta consideración de nuestra obra de la ciencia —la crítica e indagativa, como la fundamental y sistemática—, que lleva su fin en el objeto mismo, *puramente*, sobre segundo sentido del sujeto, podemos luego considerarnos dentro del género, y gradualmente, como parte activa —con-
genérica no de menos— con esferas interiores en la misma común obra, con nuestro pueblo o siglo y espíritu del siglo, y el del *medio* cercano en que vivimos, en digno concurso con los restantes pueblos y tiempos por los mismos grados, y asimilándonos a la vez su cultura y estado científico para el progreso en el mismo común fin. Estimando de aquí, con ejercicio ordenado, la educación y madurez de la propia razón, en todos los modos, como parte útil concurrente de la madurez venidera del espíritu y ciencia patria, sobre todo particular o *escolástico* límite—que es el espíritu de *partido* en la ciencia. En todo lo cual hallamos asunto vivo, siempre abierto y creciente de actividad en nuestro objeto sobre temporal distracción o contrariedad de las relaciones históricas, y sin impedimento por ellas de la bella generosa idea propuesta (en la idea del género y su unidad interior).

Para el mismo fin nos ayuda además la consideración legítima, notada antes, de que esta, como toda mayor durable obra solo de bondad y buen sentido del espíritu nace, y solo con el recto modo y orden en los medios adelanta

interiormente. Para cuya aplicación de los medios, en el ejercicio sistemático del pensamiento, nos acompaña en general también —sobre todo al principio— la memoria de los buenos que concibieron y siguieron con perseverante intención, sobre los particulares, contrarios o gratos, intereses obras semejantes en su tiempo; y entre los que, en la ciencia y su cultivo generoso oímos repetidos animadores ejemplos en otros pueblos y tiempos de la cultura humana, como de la patria también en sus mejores días los tenemos ya para el propio general estímulo, según luego el estado y edad humana y científica de hoy determinan el modo y los medios de aplicación.

De esta primera consideración de las relaciones comunes en que vivimos y obramos para nuestro fin presente, volvemos a nosotros y cada cual a sí mismo atentos a las disposiciones y condiciones que debemos aplicar a este fin en el sucesivo cumplimiento del mismo. Y, lo primero ante todo, a la conciencia de la propia vida y conducta general de vida hasta hoy, y lo que de la pasada podemos utilizar para lo que el nuevo fin pide como tocante también a su modo, a toda la vida y su recto orden, con decidida interior influencia del vivir en el pensar, y recíprocamente. En lo cual, en suma, y en la transición —crítica— del pensamiento común al científico, estamos lo primero atentos a alcanzar en nosotros tal orden y hábito de vida en espíritu y ánimo, en inclinaciones, relaciones y todo el *gobierno* interior, que lleguemos a la debida proporción entre nuestro estado histórico y el determinado científico propuesto, con fiel habitual sujeción de nuestras relaciones, y del relativo común pensar, al modo y ley de vida conforme al fin científico, como fin digno de todo el hombre, con aplicación permanente a ello.

Y, para entrar con pronto y recto sentido en esta sujeción a superior ley de vida y conducta, sobre la ideal presunción o la pasiva impresionabilidad ante lo presente, como debido, por ejemplo al propio esfuerzo, o como lo último y mejor, sin más ya que *seguir la corriente*; bueno es atender ahora, y frecuentemente luego, a los muchos esenciales bienes que hoy hallamos y nos acompañan, así de parte de la naturaleza como del espíritu, y en el medio humano contemporáneo, y que hacen para nosotros posible lo que, en suma y por lo visto, fue imposible para nuestros precedentes; sin parte ni causa nuestra en todo ello, sino como de la pasada historia en el todo y género heredados, y mediante anteriores esfuerzos atesorados. Todo lo cual pide, hoy precisamente, de nuestra parte, agradecida correspondencia y activa nueva aplicación para aumentar en los venideros la herencia recibida, no por nosotros primeramente preparada ni conquistada.

Entre cuyos bienes es el más principal y cercano para nuestro fin del conocimiento científico, el de poseer ya hoy la bastante general cultura y medios libres de indagación, para con solo atenta aplicación —siempre al alcance de todos bajo el ejemplo animador de los semejantes— levantar hoy o ensayar al menos una construcción superior científica en el principio y plan y las direcciones capitales, a la construcción reinante desde siglos (y en filosofía bajo el espíritu griego y platónico) enriquecida entre tanto solo en el contenido y los varios materiales, no adelantada en la idea, ni el plan, ni en la comprensión y dirección sistemática del conocimiento. Y mediante, entonces, la recta dirección y disciplina del entendimiento junto con la aplicación diligente al todo y a las partes de nuestro fin, podemos alcanzar el bien más

esencial, y hoy en la ciencia el más desestimado: el de la *espera* y atención receptiva interior, (o la receptividad en la actividad), para caminar en la primera parte de la ciencia —indagativa y crítica— como en la segunda y superior —compositiva en unidad— sin anticipación ni desproporción o discontinuidad en nosotros del pensamiento con lo pensado.

Con estas condiciones y previas disposiciones que tocan a la general razón y uso de ella, aunque ya atenta a la verdad sistemática del conocimiento, sobre todo prejuicio de verdad sentada y conclusa hasta hoy, o sobre el dogmatismo escolástico, podemos estimar rectamente y procurarnos las condiciones determinadas *intelectuales* para el cultivo útil del pensamiento en la razón, o de la filosofía. Pues, no entramos en la ciencia —y esta la primera— desde luego o de cualquiera modo, ni con solo la *feliz idea* (que está en el presentimiento, no aún en el propio conocimiento), sino mediante las condiciones y el orden todo indicado de la vida —y por cada uno para sí notado—, y mediante bajo esto el orden del entendimiento asimismo.

Sobre cuyas condiciones *intelectuales*, y pues otras veces se han considerado, basta notar aquí las capitales, dejando el pormenor y lo restante a la *lógica aplicada*. A saber:

—Que sostengamos en nosotros tal orden y hábito de vida, no solo general, sino la determinada y aplicada en el tiempo; que podamos con esto hallar, en periodos ciertos de trabajo, la atención pronta, fácil, activa y activo-receptiva a todo del asunto, en la idea presente de ello y repetidamente recordada, y de aquí para lo que en el plan y estado del tra-

bajo toque considerar cada vez; sosteniendo la unidad de atención por tiempo dado, y gradualmente mayor mediante el ejercicio.

—Que estemos atentos cada vez y primeramente, hasta hallar —como en mí y de propio pensamiento— el objeto, así en la idea como en la determinación presente, por algunas notas esenciales y de relación con lo anterior y siguiente. O hasta *estar en el asunto*, y en la parte presente de ello, como en el todo, ciertamente. En cuya ley es fácil notar, que en la atención sucesiva, o en el estudio sobre un objeto de ciencia, está el objeto —y el determinado en el caso—, al principio como lejano o movedizo en el pensamiento; de donde, y en nueva atención, lo hallamos como presente y cierto, que es el punto para el trabajo útil durante un tiempo (según las fuerzas y ejercicio del espíritu), hasta que la atención decae y el objeto se aleja o confunde con otros, involuntariamente. En cuyo punto es vano y estéril el tenaz ulterior trabajo, hasta reponer la atención de nuevo.

—Que, al principio del trabajo o *estudio* de todo el asunto atendamos, no tanto a todo en el plan y enlace sistemático (presumiendo hacer la obra acabada, cuando comenzamos), sino principalmente al *modo* de entenderlo y tratarlo, guiándonos en esto por el mejor ejemplo —y ejemplo vivo si es posible— que según buenas generales razones entre tanto, hallemos. Comenzando también la ciencia o el espíritu científico en el sujeto, como un hábito y carácter individual de pensar (en concepto, juicio y discurso), antes que como obra libre sistemática en la razón. Y este es el primer modo del trabajo, hasta alcanzar por tal lento seguro camino, la necesaria unidad y fuerza de juicio para la sis-

temática libre dirección propia, y respecto a los diferentes modos de pensar que el nuestro.

—Que, atendamos sobre todo, a alcanzar el poder interior de recibir, en frecuente vista y revista, nuestro pensamiento, bien o mal formado al principio; de proyectarlo repetidamente (y principalmente por escrito) ante el propio juicio —según la idea de cómo debemos obrar o de lo que debe resultar— y de rehacerlo dócilmente con sujeción del entendimiento a la razón; o que procuremos alcanzarla propia actividad y receptividad de lo una vez pensado, directa y regresiva a la vez, o la *flexible energía* del espíritu en el propio pensamiento —la *primera* divina excelencia en el ser racional finito.